

Nana

Ni siquiera su padre sabía que tenía ese libro. Lo ojeaba por las noches, cuando todos creían que ya dormía, y lo escondía bajo el somier. Luego lo repasaba mentalmente como una nana. En cada página volvía a oír la voz de su madre: la proporción de las fachadas, el porqué de cada piedra, la historia de las ciudades. Cuando llegaban a la suya se detenía. Pasaba la mano sobre las fotografías como una caricia que acompañaba su voz.

Hoy se han levantado muy temprano. Van lejos.

Han dejado la furgoneta y llevan tiempo caminando entre campos yermos. Puede leer los antiguos cultivos en los troncos de los árboles muertos. Recuerda el dibujo de los muros de piedra seca que, durante más de mil años, han domesticado el paisaje. Poco a poco la montaña que se veía a lo lejos se redibuja como un montón de construcciones sin forma que no acaba de comprender.

Han llegado. Es como si hubieran apretado todas las casas del campo en un puño. De entre ellas emergen las ruinas de un edificio que reconoce de inmediato. Identifica las molduras que envuelven la puerta, el color de la piedra, los roleos de las cerrajerías de los balcones. Como si la página en la que se detenía su madre hubiera envejecido.

Cierra los ojos para escuchar las risas de las ciudades de su libro.

Empuja la puerta. Busca entre los escombros las huellas de quien vivió allí antes. Solo piedras, cristales, polvo. Entre los escombros asoma el borde de un papel. Es el dibujo infantil de un perro. Detrás, con una letra que aún no ha aprendido a mantenerse recta, el nombre.

Recuerda ese nombre; reconoce esa letra.